

# Actos de compasión. Cuidar de los demás y ayudarse uno mismo

Robert Wuthnow

Alianza Editorial  
Madrid, 1996

Algunos libros son imprescindibles; *Actos de compasión* es uno de ellos.

La investigación social está en gran medida orientada al estudio de los *problemas* sociales —conflicto, marginalidad, cambio social competitivo, violencia, movimientos sociales de protesta, etcétera—. *Actos de compasión*, en cambio, presenta y analiza *soluciones* sociales. Entiéndase bien, no se trata de un programa de reforma diseñado por un soñador o un experto; habla de los millones de personas que se preocupan por los demás de manera regular y consistente, que arriman el hombro y tratan de mejorar las cosas —son sus *pequeñas* soluciones—. No, no es un libro sobre el compromiso político, el orgullo profesional o la fe religiosa, aunque todos estos temas aparecen en algún momento; es sobre el compromiso humanitario, el orgullo cívico y la fe en la comunidad. Es un libro sobre la solidaridad —lo que nos hace humanos—.

No sólo por su temática es relevante este inspirado libro. Su contenido es producto de una reflexión teórica y de un acervo empírico del todo infrecuentes. El material empírico procede de un centenar de entrevistas en profundidad y dos encuestas a escala nacional concebidas para obtener información sobre el voluntariado. El trabajo teórico es absolutamente magistral, lo mismo que la retórica expositiva, con la que se funde brillantemente. Wuthnow suele comenzar cada punto de discusión construyendo historias de vida, deja que hablen los actores y luego analiza su discurso; contempla cómo la cultura, las creencias y la posición social de los actores condicionan las selecciones de *temas* y *registros* que éstos realizan de entre los que les ofrece su entorno y trata de explicar las regularidades y las diferencias en términos de grandes dinámicas discursivas de articulación

social —grandes argumentos que constituyen guías para la acción cotidiana—.

La cuestión inicial que plantea Wuthnow es: ¿cómo es posible el altruismo en una sociedad tan individualista como la norteamericana? (Altruismo que, de acuerdo con fuentes tan solventes como *La democracia en América*, ha sido un rasgo permanente desde antes de la fundación de la república). ¿Por qué la gente se preocupa y ayuda a los demás? La respuesta final podría utilizar una frase de Gandhi: «Tú debes ser el cambio que quieres ver en el mundo». El voluntariado, la solidaridad existen en una sociedad marcadamente individualista porque la gente logra producir discursos, narrativas que hacen razonable y aceptable, en el marco de su cultura, el promover y realizar con su conducta valores que desean ver encarnados en su sociedad. Sin embargo, pocas cosas hay tan difíciles como producir una justificación que alcance una amplia aceptación social. Wuthnow sigue minuciosamente los pasos de este precario, multiforme y constantemente cambiante logro social.

El punto de partida es una constatación no por obvia menos necesaria. La realidad social es paradójica. Todos profesamos el valor de la solidaridad, pero también creemos que preservar nuestra autonomía individual y alcanzar el éxito material son fines prioritarios; todos nos *sabemos* calculadores egoístas y, sin embargo, el número de quienes contribuyen desinteresadamente con su tiempo, su trabajo y su dinero a asociaciones voluntarias de servicio comunitario no cesa de aumentar. Altruismo e individualismo parecen tan florecientes como difícilmente compatibles. ¿Como resolvemos esta cuestión? ¿Sobreviven yuxtapuestos y aislados o hay un continuo entre ellos, o podemos hallar una fórmula de simbiosis, o debemos plantear la cuestión de otro modo?

Los actores son conscientes de que «lo normal» sería que se dedicasen sólo a sus propios asuntos y que una *desviación* consciente como la suya debe justificarse en términos de *motivos*. Disponen para ello, *grosso modo*, de cuatro repertorios: el deontológico (actuar por deber, a menudo religioso), el naturalista (apelar a la bondad de la naturaleza humana), el utilitarista (cuidar de otros gratifica por sí mismo) y la voluntarista (un medio para la realización de las propias potencialidades). Los discursos sobre motivos confieren sentido individual a nuestros actos y nos vinculan con una tradición cultural, pero como recurso heurístico sólo plantean, no resuelven, el problema de justificar la solidaridad y el voluntariado. La nuestra es una «cultura de la sospecha» que vitrioliza todo discurso sobre motivos en busca de una determinación estructural, naturalista. Sin embargo, los actores seguimos creyendo en los motivos como expresión de nuestro ser más íntimo —sabemos, por ejemplo, que la ayuda puede fracasar, puede ser rechazada, si quien la recibe aprecia que los motivos no son los adecuados—.

Los actores se encuentran, de nuevo, en una situación paradójica. De un lado, combinan registros para producir discursos pluralistas adaptados a muchas situaciones, mientras de otro lado quieren ser corazones puros

que ayudan porque se trata de un valor en sí; quieren que su conducta sea especial, pero no tan excepcional que resulte inexplicable, inaccesible a la emulación de otros potenciales voluntarios; quieren que sus actos resulten de su libre elección y recibir reconocimiento por ello, pero no hacer de éste su único motivo, de modo que acentúan los rasgos circunstanciales que les llevaron a comprometerse; quieren expresar que su experiencia les enriquece, pero que no es producto de un cálculo egoísta.

Al fin, los actores hallan no una, sino tres soluciones: construyen su experiencia como una vivencia individual, situada y contingente —no generalizable—, pero que otros pueden compartir. Cuidar de otros se convierte así en una metáfora de su identidad social como miembros aceptables de la comunidad. La percepción básica es que ya no vivimos en comunidades integradas donde los derechos y las obligaciones recíprocas sean nítidas. Nuestra búsqueda de reconocimiento se orienta en gran medida hacia el consumo individual o la intimidad doméstica; pero la solidaridad es una tercera vía. Algunos la contemplan desde el prisma de la *reciprocidad*, como expresión de su gratitud por haber sido afortunados o como vía para llenar un vacío interior a cambio de ayuda (pero ésta es una fuente marginal de satisfacción personal frente al trabajo o las relaciones afectivas). Otros la ven desde una óptica *terapéutica*, como expresión de una fuerza interior que se intenta transmitir, no como un sacrificio que se debe (pero a menudo el trabajo voluntario exige un sacrificio cuya negación sólo puede ser contraproducente). Y, por último, existe la *metáfora del crecimiento interior*: cuidar de otros requiere recursos emocionales que sólo pueden reproducirse si la actividad resulta gratificante en sí misma —a la vez que otras posibles compensaciones, con ser gratas e imprescindible, resultan marginales—.

A la postre, el discurso sobre motivos, que busca un equilibrio entre utilitarismo y altruismo, se convierte en una metáfora de la relación entre los individuos y la comunidad. Los motivos para ayudar a otros son muy diversos —en cierto modo, pueden ser buenas racionalizaciones—; lo que importa es que se logre satisfacción, no como fin, sino como compensación que ayuda a seguir adelante. Una comunidad fuerte es la que se compone de *individuos* con la fortaleza interior suficiente para cuidar de sí mismos y para saber apreciar la satisfacción de ayudar a otros cuando lo necesitan.

La llamada a la fuerza interior trae de inmediato ecos religiosos. ¿Explica la fe la solidaridad? Según los datos, la convicción religiosa es un factor positivo de movilización en favor de los demás —si bien más orientado hacia los miembros de su propia denominación que hacia la sociedad en general y más por motivos de obligación hacia Dios que por compromiso con la mejora de la condición humana o por voluntad de sacrificio—. No obstante, la evidencia de no-creyentes comprometidos y de observantes indiferentes a la suerte del prójimo muestra que la persuasión religiosa es un recurso explicativo insuficiente. Los actores resuelven esta paradoja con la introducción de un nuevo concepto: es la *espiritualidad* —que puede ser laica— la que mueve a

compasión, no la militancia foimal en una organización credencial.

Sin embargo, resulta oscuro cuál es el contenido social de la espiritualidad y su conexión con la solidaridad hasta que Wuthnow analiza la *Parábola del Buen Samaritano*. Este relato evangélico constituye un *patrón narrativo* recurrente en los discursos de los entrevistados y su conocimiento es uno de los rasgos más correlacionados con la actitud de ayuda al prójimo. Hay muchas interpretaciones de este pasaje según las épocas y las condiciones sociales de quienes lo relatan, y en el contexto de este estudio resultan tremendamente reveladoras. Para nosotros, en concreto, la parábola del viajero herido y de cómo actúan frente a él otros viajeros narra la historia de personas que están en tránsito, en una situación *liminal* —una metáfora de nuestra sociedad individualista—. El samaritano es un *paria* en la sociedad judía. No se trata, pues, de una historia de ayuda a los pobres: *es una historia de los pobres ayudándose a sí mismos, ayudándonos a nosotros, de los que están coyunturalmente un poco mejor socorriendo a los que están peor, con indiferencia hacia sus rasgos sociales*. La parábola del Buen Samaritano nos proporciona una imagen de lo que significa nuestra pertenencia común a la raza humana y de cómo las barreras de jerarquía, etnia, creencias, etcétera pueden ser rotas por la caridad.

La centralidad del patrón narrativo del Buen Samaritano ubica la compasión activa en otra tesitura paradójica, pues la actitud que preconiza es insostenible en la práctica cotidiana. Casi nadie desea ni puede sobrellevar una vida de sacrificio integral. Muchas personas admiran y aprecian modelos de excelencia como la madre Teresa de Calcuta, pero quieren *algo* de eso en sus vidas, no que las *inunde*. Para la mayoría, la compasión es amor *dentro de unos límites*. El mantenimiento de una actitud saludable en el cuidado de los demás exige un cierto distanciamiento que se logra por dos medios principales. Por un lado, diferenciamos nuestro yo íntimo de nuestros roles. (En realidad, qué consideremos parte del yo y qué de los roles es una cuestión contingente que depende de la intensidad, permanencia y capacidad de «distancia» con respecto a esos rasgos). En cualquier caso, hacemos de ciertas prácticas y *emociones* parte de roles que institucionalizamos y demarcamos en su localización, duración y frecuencia. De otro lado, nos distanciamos psicológica y emocionalmente de esos roles. Mediante bromas, sarcasmos, períodos de permiso y cambios de área, los voluntarios procuran mantenerse identificados con quienes sufren, no asumir, dejarse embargar por su sufrimiento.

La distancia emotiva es la paradójica solución a la paradoja de la compatibilidad entre individualismo y compasión. La solidaridad consiste en ayudar a recuperarse a aquellos menos afortunados que nosotros. Que se sientan realmente apreciados y motivados exige que el cuidado que reciben no surja de la lástima sino de la comprensión de sus circunstancias singulares, con reconocimiento y aprecio individualizado ofrecido por individuos compasivos. Cuidar bien requiere individualismo, una identidad fuerte y una voluntad clara de servicio que se reafirma por medio de la misma activi-

dad. De otro lado, ésta es una actividad muy exigente y sólo sostenible en tanto se mantiene dentro de límites temporales, materiales y emocionales. La institucionalización de los roles de cuidado en organizaciones voluntarias es el recurso social fundamental tanto para establecer esa distancia saludable como para enrolar individuos dispuestos eventualmente a romperla.

Como institución social, el conjunto de organizaciones voluntarias no se encuentra, sin embargo, en una situación menos paradójica que los individuos a la hora de justificar sus actividades. En particular, la atomización de las organizaciones voluntarias, la dispersión de sus objetivos, la frecuente falta de competencia profesional de sus voluntarios, la inadecuación de sus recursos y su concentración en paliar el sufrimiento en casos individuales más que en prevenirlo a gran escala han fundamentado críticas al sector voluntario por falta de eficacia y eficiencia. Sin embargo, nadie está dispuesto a renunciar a ellos ni propone forma alguna de reconversión. ¿Por qué?

Los voluntarios no son ingenuos; la mayoría sabe muy bien que sus acciones no pueden constituir la solución de los problemas, que éstos requieren en muchos casos vastos programas públicos y un cambio social estructural. De hecho, muchos voluntarios consideran que parte de su trabajo consiste en llamar la atención del público y de la administración sobre la necesidad de esos programas y ese cambio, al tiempo que cooperan para cubrir parcialmente esas carencias mientras aquéllos se ponen en marcha. Por otro lado, paradójicamente, la mayoría cree que la burocracia (tanto pública como de las propias organizaciones) es una de las grandes amenazas al voluntariado. La gente quiere mayor apoyo y compromiso público, mayor institucionalización del cuidado a los menos favorecidos, pero no desea más intervención estatal ni más burocracia. El público quiere más profesionalización y estabilidad del trabajo de atención a los desfavorecidos, pero rechaza que los motivos pecuniarios deban entrar en esta actividad. Acaso en otros países las actividades voluntarias tienen una conexión más estrecha con el estado o con el mundo de los negocios a través de redes de financiación y patrocinio, pero en los Estados Unidos la gente desconfía enormemente de las grandes organizaciones como copartícipes o mediadoras de las actividades de solidaridad. ¿Cómo pueden resolverse estas paradojas? ¿Cómo lo hace la gente en la práctica?

Algo es cierto: muchas personas mantienen sus compromisos con las organizaciones voluntarias de solidaridad al margen de consideraciones de eficacia política y eficiencia de la gestión. A la postre, acaso esos valores de las culturas política y de negocios no sean la medida fundamental para evaluar la compasión. Sin duda la justicia social, la defensa de los derechos de los colectivos menos favorecidos, es una necesidad; pero la asistencia social es otra cosa: la mayoría cree que requiere organización a pequeña escala y un rostro personal y humano. A esa escala, la gente cree que las ONG son más eficaces que el estado; y a la gente le gusta sentir que está del lado del bien, que ha elegido lo mejor, que

en la vida hay algo más que la búsqueda de la satisfacción de caprichos egoístas.

En último caso, lo que permite a los sujetos sociales, individuales y colectivos, mantener la solidaridad en una cultura individualista y utilitarista es la ambigüedad de la expresión «cuidar de o preocuparse por los demás». En un sentido muy amplio, cualquiera que ponga cuidado e interés en hacer bien su trabajo, en mantener buenas relaciones con los demás, en ir un *poco más allá de lo que se espera* de él o ella (no en beneficio propio—eso sería corrupción—) está actuando con compasión. Es gracias a esta ambigüedad que la compasión puede comprender la Cruz Roja, Alcohólicos Anónimos o Amnistía Internacional tanto como los pequeños gestos cotidianos de gentileza y cortesía hacia nuestros seres más próximos. Es así que puede resolverse la paradoja de que cuidar de otros requiera un intenso compromiso individual al mismo tiempo que la ejecución distanciada de un rol formal; es así que los voluntarios ponen en práctica acciones formalizadas e instrumentales de ayudar a otros y al mismo tiempo deben vivirlas como acciones expresivas y sustantivas, gratificantes en sí mismas, no por sus resultados.

Los voluntarios saben que su trabajo no es la solución—incluso saben que la solución de los problemas seguramente traería otros problemas, como la mejora de la salud ha traído la carga de la longevidad—. No obstante, saben también que lo importante no es la meta, sino el camino: la sociedad en marcha hacia un futuro mejor. *El trabajo voluntario es una metáfora de la sociedad y, en particular, de aquellos valores que quisiéramos ver ejemplificados en ella.* El trabajo voluntario engendra y demanda esperanza. Sin la esperanza de que es posible cambiar las cosas y mitigar los problemas el compromiso no tiene sentido; pero es la misma existencia del compromiso lo que nos permite albergar la esperanza de que podemos cambiar las cosas. La gente responde a la paradoja de la eficacia con la paradoja de la esperanza.

Cuando se mira desde la esperanza (desde una vaga utopía tácita) no resulta tan paradójico que la gente demande mayor compromiso social del estado y los negocios al mismo tiempo que rechaza la burocracia y el interés material como elementos del sector voluntario (obviando las grandes organizaciones bien financiadas que lo lideran). Cuando se lo contempla como una *metáfora de la buena sociedad con la que se sueña*, el trabajo voluntario no deja de ser paradójico, pero tiene un sentido claro y sensato: no podemos imaginar una sociedad que no sea internamente contradictoria, que no contenga paradojas; esas inconsistencias son un recurso fundamental para enfrentarse a las fricciones y conflictos que nacen de su heterogeneidad y de la heteronomía (las consecuencias no intencionadas de la acción) que aquélla genera. El trabajo voluntario, con sus plurales repertorios de motivación, con su problemática conciliación de individualismo y compromiso social, con su asunción de los temores de la sociedad más amplia (el predominio del materialismo y la burocracia), con su encarnación de los viejos valores y virtudes míticas (la fuerte volun-

tad individual de independencia conjugada con la bondad y la decencia que forjan comunidades colectivamente responsables y solidarias) encarna el sueño de una sociedad mejor.

Más allá de su agónica lucha por mejorar su eficacia y su eficiencia en competencia con otras, toda sociedad necesita un área ajena a estas tensiones donde pueda *soñar* con su propia mejora. En un mundo donde la mayoría de las interacciones ya no tiene lugar en comunidades limitadas y no generan lazos duraderos, los actos de compasión y solidaridad, aun ineficaces y condicionados por nuestro marco cultural, encarnan nuestro compromiso humano con esas redes más amplias y difusas que van más allá del ámbito íntimo. El trabajo voluntario realiza (hace real) nuestro vínculo moral *precisamente con quienes no pueden retornar la reciprocidad*:

reconoce y celebra nuestra esencial identidad común como seres humanos más allá de toda etiqueta social; y evidencia devoción al propio valor de cuidar de los demás como de nosotros mismos.

La solidaridad es lo que nos hace humanos en la medida en que quienes ejecutan actos de compasión y justicia muestran un ideal de convivencia, proporcionan ejemplos de su realización y nos hacen sentir miembros de una comunidad; en suma, constituyen la sociedad no como una cesión hobbesiana de derechos, sino como un reconocimiento recíproco de deberes. Así, en medio de las luchas de hombres que son lobos para otros hombres, el voluntariado nos recuerda que en el corazón de la jungla palpita una sociedad humana.

**Juan Manuel Iranzo Amatriáin**